



LA DIPLOMACIA MULTILATERAL DE ESTADOS UNIDOS DURANTE EL CONFLICTO DEL BEAGLE

THE MULTILATERAL DIPLOMACY OF THE UNITED STATES DURING THE BEAGLE CONFLICT

Dr. Milton Cortés Díaz*

Universidad San Sebastián

Santiago – Chile

milton.cortes@uss.cl

<https://orcid.org/0000-0003-1175-5954>

FECHA DE RECEPCIÓN: 27 diciembre 2021 – **FECHA DE ACEPTACIÓN:** 28 marzo 2022

RESUMEN: Utilizando nueva documentación estadounidense, este artículo investiga la actuación de Washington durante el conflicto del Beagle entre Chile y Argentina. Se postula que, por su reticencia a involucrarse directamente en la controversia, la administración Carter buscó desarrollar una diplomacia multilateral, que incluyó a varias naciones, especialmente de América y Europa con el fin de impulsar a Chile y Argentina a que resolvieran su controversia en forma pacífica. Este esfuerzo por compartir responsabilidades con la comunidad internacional tuvo un éxito limitado, por lo que Estados Unidos, ante una agresión inminente por parte de Argentina, debió ejercer fuerte presión sobre esta nacional, al tiempo que impulsaba una mediación por parte de la Santa Sede, ejerciendo su condición de potencia hegemónica en el continente.

PALABRAS CLAVES: Conflicto del Beagle; Estados Unidos; Relaciones Chileno-Argentinas

ABSTRACT: Using new US documentation, this article investigates Washington's policy towards the Beagle conflict between Chile and Argentina. We postulated that, due to its reluctance to get directly involved in the controversy, the Carter administration sought to develop a multilateral diplomacy, which included many nations - especially from America and Europe-, in order to encourage Chile and Argentina to resolve their controversy peacefully. But this effort to share responsibilities with the international community only had limited success. Therefore, the United States, faced with an imminent Argentinian aggression, had to apply pressure on Buenos Aires, while promoting mediation by the Holy See, exercised its condition as the hegemonic power in the continent.

KEYWORDS: Beagle Conflict; United States; Chilean-Argentine Relations

1. INTRODUCCIÓN

El llamado conflicto del Beagle, que llevó a Chile y Argentina al borde de una guerra en diciembre de 1978, ha sido uno de los episodios más estudiados de las relaciones bilaterales entre estos dos países. Gran parte de la bibliografía ha correspondido a trabajos escritos desde la posición del país del autor, ya sean argentinos o chilenos. Esta limitante no ha impedido crear obras de mucho valor, especialmente aquellas desarrolladas por testigos de los acontecimientos.¹ En la última década, se han desarrollado investigaciones que han superado estas limitaciones, integrando no solo fuentes y

* **Correspondencia:** Universidad San Sebastián, Instituto de Historia. Lota 2465, Providencia, Santiago, Chile.

perspectivas de ambos bandos, sino además de terceros países, cuyo involucramiento en el conflicto del Beagle permanecía hasta entonces inédito.

La más innovadora de estas obras es la de Villar Gertner, quien a través de la revisión de archivos en el Foreign Office y entrevistas a los testigos, reveló el importante papel de Estados Unidos en la resolución del conflicto del Beagle, al presionar por la intervención papal.² Lisińska, en su libro sobre la política exterior de la dictadura argentina, dedica un capítulo al Beagle, en que usa no solo nueva documentación norteamericana, sino además documentos inéditos de la Junta Militar argentina.³ Aunque lo aborda en forma breve, la obra de Morley y McGillion también trata el tema del Beagle con fuentes inéditas norteamericanas.⁴ Más recientemente, se cuenta la tesis doctoral de Gaziero, dedicada a la política de la administración Carter frente al conflicto del Beagle, que hace amplio uso de las fuentes de la colección documental *The Foreign Relations of the United States (FRUS)* y los documentos publicados bajo los auspicios del Freedom of Information Act (FOIA).⁵

La presente obra sigue la línea marcada por los trabajos de la última década. Buscamos profundizar en la intervención de los Estados Unidos, postulando la hipótesis de que este país, en sus intentos por evitar un conflicto, recurrió a una estrategia de multilateralizar el problema, de involucrar a otros estados para convencer a Chile y Argentina de recurrir a medios pacíficos para resolver sus controversias y evitar la guerra. Para este propósito, junto con las ya mencionadas fuentes del FRUS, utilizaremos una fuente inédita en lo que respecta al Beagle, los telegramas de la diplomacia estadounidense del Central Foreign Policy Files, consistente en telegramas del Departamento de Estado enviados hacia y desde las embajadas de Estados Unidos, accesible a través del Access to Archival Databases del National Archives.

2. LOS INICIOS DE LA CRISIS

La primera actitud de Estados Unidos frente al conflicto del Beagle fue de reticencia a involucrarse directamente en su resolución. Este se había agudizado tras la negativa argentina a aceptar el Laudo Arbitral de la Corona británica de 1977. A comienzos de 1978, las autoridades chilenas tantearon la posibilidad de una intervención de Estados Unidos. En enero, el canciller chileno, almirante Patricio Carvajal, consultó con el embajador estadounidense, George Landau, sobre la posibilidad de una gestión de buenos oficios por parte de Washington para destrabar las negociaciones entre Chile y Argentina. Aunque el embajador le respondió que elevaría la consulta a su gobierno, le recordó que ya existía un mecanismo en la OEA para resolver conflictos territoriales y que este había mostrado su efectividad. Al informarle a sus superiores, Landau hizo notar las dificultades que involucraría para EE.UU. el mediar entre dos regímenes autoritarios.⁶ El embajador estadounidense en Argentina, Raúl Castro, compartía esa posición, puesto que la relación bilateral ya tenía suficientes problemas por sus diferencias respecto a los DD.HH. como para complicarla en una mediación en que no se percibía una solución satisfactoria para ambas partes. De hecho, la embajada ya había expresado al gobierno y fuerzas armadas argentinas la preocupación de Estados Unidos por la posibilidad de una confrontación militar por las islas del Beagle, sin percibir interés alguno de los argentinos por una mediación estadounidense.⁷

En una subsiguiente conversación entre el embajador Landau y Carvajal, este último le dijo que esperaba que el gobierno estadounidense le comunicara a Argentina que ellos y el resto del

mundo se mostrarían consternados si rechazaban el laudo arbitral y rehusaban acatar el tratado de arbitraje de 1973; que sería peor aún si Argentina usaba la fuerza para ocupar el territorio en disputa; y que EE.UU. urgía a Argentina a regresar al diálogo. Carvajal también mencionó que había requerido los buenos oficios de Brasil, quien aceptó, pero con la condición de que fuera solicitada por los dos países, lo que no parecía probable. También consideraron la opción de recurrir a la OEA, pero se temía que redujese sus posibilidades de presentar un recurso ante la Corte Internacional de Justicia (CIJ).⁸

La situación pareció descomprimirse tras una serie de encuentros presidenciales entre Augusto Pinochet y Jorge Videla en Mendoza y Puerto Montt, en las cuales se resolvió establecer una serie de comisiones para resolver la controversia. Desafortunadamente para el gobierno chileno, la Junta argentina se decidió de cualquier forma por proclamar la nulidad del Laudo. Oficialmente, Estados Unidos no comentó respecto a esta decisión. Se adoptó, en cambio, la política de alentar a los dos países a buscar una solución pacífica, al considerarse que cualquier intento de castigar a Argentina por rechazar el Laudo no correspondía con esa estrategia.⁹

En parte, la falta de apoyo explícito a Chile se explica porque las prioridades de Washington con respecto a ese país privilegiaban la situación de los derechos humanos. La embajada en Santiago proponía una política de “frío desdén” hacia el gobierno chileno, aunque consideraba que existía un peligro potencial para la estabilidad regional, pues una política tal podría animar a Argentina o Perú para buscar soluciones militares a sus problemas fronterizos, si bien no se consideraba que ese riesgo fuera alto.¹⁰ No es de sorprender que el embajador Landau viera con buenos ojos el nombramiento de Hernán Cubillos como canciller, pues consideraba que estaba al tanto de que el apoyo internacional respecto a la cuestión del Beagle dependía en mejorar la situación de los derechos humanos y la imagen internacional de Chile.¹¹

Con la puesta en marcha de las comisiones, Estados Unidos pareció desentenderse mayormente del asunto del Beagle. No obstante, a mediados de año comenzaría a resurgir su atención. En junio, la embajada en Buenos Aires advirtió de que, en vista del estancamiento de las negociaciones, Argentina estaba empleando nuevas tácticas en forma de vigilancia policial a inmigrantes chilenos, obstáculos al comercio bilateral, planes de contingencia militar y duras declaraciones por parte de militares argentinos. No obstante, estimaban que estas acciones no iban dirigidas hacia la planificación de una guerra contra Chile, sino que creían era una estrategia para hacer la posición de Santiago más “flexible”. Parte de este esfuerzo argentino involucraba la consulta y cooperación con los otros vecinos de Chile, Perú y Bolivia, con quienes buscaba mejorar sus relaciones.¹²

3. SE AGUDIZAN LAS TENSIONES

En septiembre llegaron noticias mucho más graves respecto a las presiones argentinas. Los alemanes habían recibido informaciones de su agregado militar concernientes a movimientos de tropas argentinas en la frontera, con indicaciones de que se podría estar preparando una acción militar contra Chile, que comunicaron a los estadounidenses.¹³ Aunque el Foreign Office of Latin American Affairs todavía consideraba que esos movimientos eran una táctica para lograr

concesiones de los chilenos, las constantes noticias de la amenaza del uso de fuerza por parte de Argentina motivó un cambio en la estrategia estadounidense.

Esto fue impulsado particularmente por el embajador Landau, quien expresó que, si bien Estados Unidos había mantenido un bajo perfil en esta controversia para no dar la imagen de apoyar al régimen de Pinochet, esta postura podría dar la impresión de que no se está dando la atención a un tema de interés a largo plazo para EE.UU., como era el mantenimiento del imperio de la ley en las relaciones internacionales. Había una contradicción de intereses para EE.UU., puesto que se veía como positivo que la crisis del Beagle debilitara la imagen de Pinochet, especulando con que quizás algunos líderes militares estaban conscientes del hecho de que recibirían mayor apoyo internacional, incluyendo asistencia militar, si Pinochet era reemplazado por un líder más moderado. Una posible ocupación argentina de alguna de las islas podría precipitar esta situación. Con todo, la embajada se decantaba por defender el principio a largo plazo.¹⁴

Rememorando su participación, Landau afirma que no solo logró convencer a su gobierno de que Chile era la parte agredida, sino, además, con el conocimiento de Washington, otorgó a los chilenos informaciones sobre los movimientos de tropas argentinas.¹⁵

La preocupación por la situación del Beagle también se hizo manifiesta en otros países de la región. A principios de año, los ecuatorianos manifestaron a los estadounidenses que temían por su seguridad, pues consideraban que esta estaba, en parte, basada en que Perú se mantuviera preocupado de su frontera con Chile. Si este último país se concentraba en la amenaza argentina, Lima podría redirigir su atención hacia el norte, hacia Ecuador.¹⁶ En Perú, el canciller José de la Puente era de la opinión de que los argentinos iban a montar un gran espectáculo pero que no habría enfrentamiento, comentándole a los estadounidenses que Ecuador puede dormir tranquilo, pues la atención de Perú continuaría en Chile.¹⁷

Los crecientes rumores de invasión a partir de septiembre hicieron que Ecuador manifestara nuevamente sus temores, esta vez de un conflicto generalizado en el Cono Sur, pues si resultaban correctas las noticias de que Argentina ocuparía una de las islas en octubre, la situación podría ser aprovechada por Bolivia y Perú para invadir el norte de Chile.¹⁸ Por su parte, los brasileños comentaron que Argentina no estaba manejando bien el problema del Beagle y que sus tácticas de presión habían empeorado la situación, insinuando un deseo de colaboración entre ellos y EE.UU. para evitar que las cosas escalaran fuera de control.¹⁹ En Perú también se consideró la posibilidad de que pudiera estallar una guerra general en el Cono Sur. Se pensaba que Argentina estaba atrapada en su propio *bluff*, habiendo subestimado la reacción de los chilenos. Particular temor tenía el canciller de la Puente por Bolivia, que creía eran capaces de hacer algún desesperado movimiento militar contra Chile, que solo podía terminar en desastre. También cabía la posibilidad de un ataque chileno al norte de Argentina a través de Bolivia. Dijo a los estadounidenses que su país estaba en una situación delicada, particularmente por los roces fronterizos con el Ecuador, y que su postura era de estricta neutralidad en la cuestión del Beagle y así se lo habían hecho ver a los argentinos.²⁰

El problema del Beagle también comenzó a llamar la atención de actores extracontinentales, particularmente de los alemanes, alarmados por lo que veían como una tendencia de los militares

argentinos de llevar el tema del Beagle al límite de la guerra. Manifestaron sus temores directamente al gobierno argentino y comenzaron a pensar en la posibilidad de que la Comunidad Europea hiciera presente su preocupación.²¹

Tanto Argentina como Chile se esforzaron por ganarse la simpatía estadounidense, presentando los fundamentos de su caso. Los argentinos sentían que habían actuado dentro de sus atribuciones legales al rechazar el Laudo y que el problema no eran las islas del Beagle, que estaban dispuestos a dar a Chile, sino las consecuencias respecto a temas fuera del “martillo” (la zona delimitada en el Laudo), especialmente el rechazo del principio bioceánico y la soberanía del resto de las islas al sur del Beagle. Para el embajador Castro, Estados Unidos debía promover una resolución pacífica de tipo bilateral y que mientras las discusiones se mantuvieran abiertas, no era conveniente que EE.UU. cambiara de estrategia.

Los chilenos, por su parte, reafirmaban que el derecho internacional estaba de su lado y que lo único que cabía negociar era la delimitación marítima, en una postura que los estadounidenses considerarían muy legalista. Frente a la movilización militar de Argentina, el canciller Cubillos había dejado en claro a los argentinos que, si se ocupaba una de las islas en el sur, se desataría un conflicto entre ambos países.²² En otra ocasión, el canciller chileno dijo al secretario de Estado, Cyrus Vance, que se consideró la posibilidad de una moratoria del tema, pero que ello no fue discutido con los argentinos y creía que probablemente complicaría aún más la situación. Expresó que Chile se sentía herido por la falta de apoyo internacional respecto a la anulación del laudo. Entendía que existía un prejuicio en contra de su país que echaba atrás a algunos gobiernos, pero que el problema era crítico y que Chile lo estaba tratando de resolver por vía de negociaciones o en la CIJ, no recurriendo a la fuerza. Esperaba que EE.UU. usara algo de su influencia, bromeando inclusive con la posibilidad de “otro Camp David”.²³

Como Estados Unidos y otros países comenzaron a cuestionar los movimientos de tropas en Argentina, los representantes de este país intentaron justificar estos actos. El general Roberto Viola, comandante en jefe del Ejército, se justificó ante el embajador Castro diciendo que estaban temerosos de un ataque por sorpresa de Chile por Mendoza. Al ser consultado por la posición de su país, Castro dijo que esperaban que la situación se pudiera resolver bilateralmente, pero que, si en el futuro las dos partes consideraban que las conversaciones directas eran estériles, entonces estarían dispuestos a hacer lo que fuera necesario para que hubiera una resolución pacífica, pero esta intervención debía ser solicitada por ambas partes.²⁴

Por su parte, Alemania occidental previó al gobierno argentino tres veces en contra de considerar una resolución militar al conflicto del Beagle. Se les explicó que el presente estado de cooperación germano-argentina en el ámbito de armamentos sería terminado si las hostilidades comenzaran por parte de Buenos Aires. El almirante Emilio Massera le dijo a Gunther van Well, Secretario de Estado de Asuntos Exteriores alemán, que si se llegaba al 2 de noviembre sin acuerdo, entonces algunas islas pequeñas serían ocupadas por Argentina, pero le aseguró que ello no conduciría a hostilidades. No especificó una fecha, aunque remarcó que, si las islas hubieran sido ocupadas en diciembre pasado, todo el problema actual podría haberse evitado.²⁵

Para el 29 de octubre, las noticias que recibía el Departamento de Estado sobre el Beagle eran alarmantes. Los reportes indicaban una posible intención argentina de ocupar el territorio en disputa y que estaban tomando medidas al respecto, como llamado a reservistas, traslado de unidades a la zona de frontera, un ejercicio de apagón en Buenos Aires y movimiento de los bancos de sangre hacia la posible zona de conflicto. Aunque se seguía considerando que esas acciones eran principalmente de tipo político y psicológico, había temor de que una acción limitada pudiera salirse rápidamente de control e inclusive envolver a países vecinos. Ello sería disruptivo para el sistema de seguridad hemisférico que se llevaba construyendo desde hacía décadas. Se daba por descontado que la OEA intervendría de una forma u otra, al ser invocado el tratado de Río. Por todo ello, se consideró necesario hacer una acción conjunta con los países europeos y americanos, para que sus cancilleres urgieran a los representantes argentinos de no hacer uso de la fuerza en su disputa con Chile.²⁶

La diplomacia norteamericana se encontraba en un dilema, puesto que no deseaban intervenir directamente o mostrar su preocupación, pues temían que ello pudiera añadir a las tensiones, mientras que una aparente falta de interés podría impulsar al agresor a creer que se iría a condonar o al menos no se condenaría su recurso a la violencia. Se decidieron por tomar pasos para darles a conocer a ambos países que los EE.UU. y el resto de la comunidad internacional se oponían al uso de la violencia para resolver disputas territoriales. Se llamó al embajador argentino en Washington con el fin de darle a entender que una acción militar tomada por Argentina causaría inevitablemente complicaciones internacionales y que no sería en el mejor interés de este país. No se consideró hacer lo mismo con el embajador chileno, puesto que era difícil que fuera el agresor en el conflicto, aunque se estimó que se debía darse a saber a su gobierno de la preocupación de Washington, y que a su juicio los chilenos estaban en la obligación de considerar cualquier posibilidad de negociación y compromiso.²⁷

4. ESFUERZOS POR MULTILATERALIZAR LAS GESTIONES EN FAVOR DE UNA MEDIACIÓN

La diplomacia norteamericana también se preocupó por conocer la opinión de otros países. En La Paz, a pesar del apoyo formal a Argentina en la controversia, existía una preocupación real de ser arrastrados a una guerra. El presidente boliviano Juan Pereda le comentó al embajador de Estados Unidos que le había pedido a Videla que actuara con moderación, pues si Argentina atacaba a Chile, esto podría derivar en una invasión chilena del territorio boliviano. Cuando el estadounidense le dijo que esa presunción era completamente ilógica, Pereda le respondió que “los chilenos son agresivos y no dados a la lógica, como lo habían demostrado en una serie de desagradables incidentes en la frontera en los últimos seis meses”²⁸. Bolivia, en reiteradas ocasiones, trató de que Estados Unidos reconociese su neutralidad en un eventual conflicto y le facilitase material militar, por el peligro de que alguno de los contendientes invadiese el país para atacar a su rival, pero los estadounidenses evitaron tomar compromisos.²⁹

Con respecto a Brasil, el canciller de ese país, Antonio Silveira, manifestó a los estadounidenses que se mantendrían en estricta neutralidad y que habían recibido garantías del presidente de Bolivia en el mismo sentido. Estimaban que los argentinos habían manejado muy mal el problema, puesto que los hechos y la ley estaban del lado de Chile, si bien tampoco creían que la diplomacia chilena fuera mucho mejor, visto como habían manejado las relaciones con sus vecinos

en la frontera norte. En una consideración más amplia, Silveira estimaba que la base del problema era que Argentina había históricamente tratado de proyectarse como el país líder de Sudamérica, pero que se mostraban demasiado arrogantes para formar alianzas y esperaban que otros viniesen hacia ellos. Esta frustración en sus pretensiones de liderazgo les había llevado a tomar decisiones apresuradas, pero estimaban que estaban tan desunidos internamente que ello llevaría a que se contuvieran, aunque era posible que tomaran alguna isla en disputa para hacer su punto, si bien no una ocupada por Chile.³⁰ Silveira consideraba que la OEA era el foro apropiado para tratar el asunto y que en ese sentido su país estaba dispuesto a actuar diplomáticamente, de preferencia junto con Estados Unidos.³¹ Más tarde, el 4 de noviembre, se manifestó a favor de la posición de recurrir a la OEA en una conferencia de prensa, diciendo que el Tratado de Río no es solo un pacto de defensa mutua sino un instrumento diseñado para preservar la paz hemisférica. Sin embargo, expresó que Brasil no se involucraría más allá de manifestar sus deseos de paz en la región. Consultado sobre una posible mediación brasileña, comentó que un mediador del hemisferio es altamente improbable y poco aconsejable.³²

El presidente venezolano Carlos Andrés Pérez propuso que su país, Colombia y Estados Unidos podrían ofrecer sus buenos oficios a Chile y Argentina.³³ Con todo, los estadounidenses respondieron que, vistas las tensas relaciones entre EE.UU. y Chile, una iniciativa que los involucrara podría no ser fructífera, creyendo, en cambio, que los países latinoamericanos podrían colaborar en mejor forma al proceso de búsqueda de un mediador.³⁴

Por su parte, Perú manifestó que guardaba una posición de absoluta neutralidad y que así se lo habían hecho ver a los argentinos. El canciller de la Puente dijo que sería difícil para ellos iniciar una gestión con Argentina, puesto que los chilenos no habían dicho nada a los peruanos sobre la controversia. Les confidenció a los estadounidenses que el embajador argentino Jorge Chevalier lo había visitado y dicho que, si las conversaciones fallaban, Argentina ocuparía una o más islas del Beagle, lo que calificaba como una acción "localizada". De la Puente le habría respondido que arrojar gasolina en la esquina de una habitación y prenderle fuego también podría ser considerada como una acción localizada. Sobre las acciones a tomar, recomendó una iniciativa inmediata en asociación con otros países de la región, México y Colombia eran sus candidatos, para urgir a los argentinos a mantener la paz, junto con extender el plazo de las negociaciones y una mediación. Perú estaba dispuesto a participar de ser invitado.³⁵ No obstante, en la opinión pública de ese país había muchos rumores sensacionalistas que hablaban de una posible participación peruana en una guerra por el Beagle, por lo que el canciller tuvo que hacer una intervención televisiva para desmentirlos.³⁶

México, por su parte, prometió enviar un mensaje a los argentinos en favor de una solución pacífica, pero se encontraba en desventaja porque, por no tener relaciones diplomáticas con Chile, solo recibía informaciones de un lado del conflicto.³⁷

Respecto a Paraguay -que oficialmente se había limitado a expresar que esperaban una resolución pacífica-, el general Germán Martínez, hombre de confianza de Alfredo Stroessner dijo a los estadounidenses que las simpatías de su gobierno estaban enteramente con Chile. Su interlocutor consideró que probablemente los brasileños les habían comunicado que apoyarían a Chile y que esperaba que Asunción siguiera su ejemplo.³⁸

En esos mismos días se dio una conversación entre Castro y el nuncio Pio Laghi, sobre una posible mediación papal. Esta había sido propuesta por parte del obispo de Buenos Aires y otros religiosos al presidente Videla, durante una cena en la casa del nuncio. Videla aceptó la proposición y dijo que presentaría el tema ante la Junta. Los estadounidenses dudaban que una intervención papal pudiera ser incluso considerada por la Junta argentina, al estar preocupados de temas de distribución de poder interno.³⁹ En una conversación posterior, el nuncio le dijo a los estadounidenses que aunque Chile y Argentina estaban conversando sobre la posibilidad de llevar el tema a un árbitro, no creía que el Papa aceptaría un rol de mediador, si bien podía jugar un papel dirigiéndose a ambas partes para calmar los ánimos y facilitar una solución racional.⁴⁰

La mayoría de los países europeos consultados por Estados Unidos compartía la preocupación por una posible guerra y la lectura de que Argentina sería quien probablemente iniciaría el uso de la fuerza. Varios de ellos ya habían manifestado al gobierno argentino su preocupación por la escalada, mientras que algunos preferían una acción de tipo colectivo, especialmente de la Comunidad Europea en su conjunto. El país más reticente parece haber sido Francia, que no quería inmiscuirse formalmente en los asuntos de dos países soberanos, a pesar de que se mostraron dispuestos a conversar informalmente con el embajador argentino para urgirlo a una resolución pacífica.⁴¹ Los británicos, aunque deseaban asimismo una solución pacífica y habían transmitido este deseo a ambos gobiernos, consideraban que había pocas perspectivas de más acciones suyas en las presentes circunstancias, en consideración de la declaración de nulidad del Laudo.⁴²

En Santiago, el 31 de octubre, los miembros de la comunidad europea, a iniciativa de los embajadores holandés y alemán, se reunieron para discutir sobre el tema del Beagle. La reunión no llegó a conclusiones, puesto que todos estaban de acuerdo en que poco se podía hacer desde la parte chilena. Los embajadores holandés y británico eran los únicos con instrucciones para urgir al gobierno de Chile a hacer el esfuerzo máximo para alcanzar una solución negociada.⁴³ En Europa, durante una reunión informal de cancilleres de la Comunidad Europea, el ministro de relaciones holandés, Chris van der Klaauw, habló del tema del Beagle, pero no recibió casi ninguna respuesta de los otros ministros, quienes o no estaban muy bien informados o no se mostraron interesados. Los alemanes, los más involucrados en el asunto, deseaban tener informaciones sobre lo que la OEA haría al respecto, no creyendo que los europeos debieran adelantarse a una acción de los estadounidenses.⁴⁴

Tras llegarse al 2 de noviembre, fecha límite del trabajo de las comisiones, sin alcanzar un acuerdo, el no estallido de la guerra fue leído por algunos dentro de Argentina como un fracaso de la Junta, pues no había obtenido concesiones de parte de Chile ni apoyo del resto de América Latina. Había quedado al descubierto su *bluff* de amenaza de guerra y el gobierno estaba exhausto en el momento y no podía responder con convicción.⁴⁵

Para los estadounidenses la idea de la mediación, junto con la alternativa de una cumbre presidencial, era muestra que el gobierno argentino se agarraba de lo que pudiera para escapar al callejón sin salida al que se pusieron a sí mismos, en vista de que la mayoría de los gobiernos americanos y del resto del mundo dejarían a Argentina sola frente a una acción militar contra Chile.⁴⁶

No obstante, la parálisis en que se encontraban las negociaciones no auguraba una solución a la controversia. A ello se le sumaba otro problema a nivel regional. Brasil y Argentina se encontraron en un impase respecto a la construcción de la represa de Itaipu. Para los argentinos, la decisión brasileña y paraguaya de instalar dos generadores adicionales fue hecha con el fin de inquietar a Argentina. Para los norteamericanos, el acto se leía como una insinuación por parte de la cancillería brasileña, para señalarle a Buenos Aires que deberían lidiar tanto con Chile como Brasil. Después, Silveira retrocedió y dijo que el tema de los generadores estaba sujeto a negociación. Era claro para los norteamericanos que una nueva forma de lucha de poder surgía en el Cono Sur y que una inocente decisión como los generadores podría ser la chispa de nuevos conflictos.⁴⁷

Junto con el Vaticano, en ocasiones aparecía en la prensa la idea de que el presidente Carter actuara como mediador.⁴⁸ Pinochet, en forma confidencial, también sugirió que EE.UU. podría mediar.⁴⁹ El propio Departamento de Estado consideró la posibilidad de que EE.UU. actuase como mediador, aunque bajo el amparo de un organismo internacional.⁵⁰ De acuerdo a Robert Pastor, miembro del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos, la negativa estadounidense a presentarse como mediador se debió al temor de que Chile y Argentina aprovecharan una posible mediación de Carter para obligarlo a renunciar a su política de derechos humanos. Algunos dentro del Departamento de Estado, incluyendo a Pastor, creían en una conspiración tácita o explícita entre los militares de Argentina, Chile y el propio Pentágono para alcanzar tal propósito. Por ello, el énfasis estadounidense fue en buscar otro posible mediador, enfatizando la posibilidad de que fuera la Santa Sede.⁵¹ El mismo Robert Pastor también apuntó a las dificultades que conllevaría una mediación, “Tratar de mediar entre argentinos y chilenos hará parecer fácil a los acuerdos de Camp David”, añadiendo que Estados Unidos simplemente no tenía la misma clase de intereses en el canal del Beagle que en el Medio Oriente.⁵²

Washington también hizo gestiones para explorar las posibilidades de otros países como mediadores, especialmente España, siendo el nombre del rey Juan Carlos frecuentemente mencionado como posible intermediario. No obstante, en conversaciones con un funcionario español, este dijo que no habían recibido el más mínimo movimiento, oficial o no oficial, por parte de Chile ni Argentina, y que era personalmente contrario a la idea, llamándola invención de la prensa. El problema era difícil, visto el fiasco que resultó del laudo de la corona británica.⁵³

Los norteamericanos supieron que Santiago insistiría en proceder de inmediato con una mediación, puesto que las posibilidades de una resolución bilateral estaban agotadas. Los requerimientos que postulaban eran que el mediador era que el país amigo tuviera poder tanto real como moral y que Argentina como Chile llegaran a la mediación con sus posturas claramente definidas. Para Santiago, el único tema a ser sometido a mediación es el límite marítimo, que partiría desde el punto más oriental dispuesto en el Laudo.⁵⁴

Por su parte, el argentino Guillermo Moncaño discutió con el subsecretario Viron Vaky la posición de su país. Remarcó que la postura argentina era evitar que Chile penetrara en el Atlántico, en defensa del principio bioceánico, y que estaban crecientemente frustrados por la falta de respuesta de Chile ante los positivos gestos argentinos. Sobre lo mismo, dijo que la respuesta de su país a la nota presentada por Chile el 17 de noviembre podría ser la última acción positiva de

Argentina antes de que sea necesario tomar nuevos pasos. Vaky le expresó que Estados Unidos y otros países se verían profundamente perturbados si cualquiera de esos pasos pudiera llevar a hostilidades y que la disputa no debía resolverse por la fuerza, debiendo prevalecer el imperio de la ley. Para evitar un desenlace violento, proponía poner la mediación en efecto inmediato, sin esperar a clarificar la naturaleza exacta de las responsabilidades del mediador. Moncayo concordó con los comentarios del embajador, pero dijo que la frustración en Argentina quizá pudiera forzar una resolución menos deseable a la disputa. Pidió a EE.UU. que hiciera lo posible para que los chilenos aceptaran discusiones bilaterales que concluyesen en una mediación.⁵⁵

El 20 de noviembre se dio una conversación entre el embajador estadounidense y el canciller Pastor. Este se mostró dispuesto a que Chile se quedase con las tres islas, siempre que se llegara a un acuerdo sobre la línea limítrofe al sur. De lo contrario, proponía que las islas disputadas fueran puestas bajo soberanía conjunta. Arguyó que se había logrado acuerdos en los principales temas durante la Comisión II, pero que Chile retrocedió de lo acordado, en esperanzas de aprovechar la debilidad política de la Junta, tras una crisis de gabinete, para obtener una mejor posición. Estimaba que los temas que no podían ser resueltos directamente, debían ir a un mediador, que en principio se había acordado sería el Papa. Al ser consultado sobre como la comunidad internacional podía ayudar a solucionar el impase, Pastor dijo que lo más importante era hacer regresar a los chilenos a la mesa de negociaciones. Arguyó que la movilización militar por parte de Argentina era en respuesta a la ocupación militar de Chile de las islas, que era contrario a lo establecido en Puerto Montt.⁵⁶

Por su parte, el canciller Cubillos insistió en que Chile no estaba dispuesto a regresar a las negociaciones bilaterales, porque esto permitía a Argentina continuar sus amenazas y aprovechar la situación para reducir el número de temas a presentar a una posible mediación. El fracaso de la Comisión II se habría debido, a su juicio, en la incapacidad política del negociador argentino. El canciller chileno tenía fe en que Buenos Aires aceptaría la mediación, porque esta ofrecía una mejor resolución en la división marítima que una decidida por la CIJ.⁵⁷

Los estadounidenses consultaron con los brasileños. Estos insistían en urgir a la moderación, especialmente a Chile, al que postergó su petición de compra de armas. El canciller brasileño no consideraba positivo una mediación del rey Juan Carlos, en cuanto afectaría los esfuerzos por estabilizar y restaurar la democracia en España al darle un problema de tal naturaleza, prefiriendo a países como Suiza y Austria. Respecto a otras opciones, Silveira se decantó por una posible intervención de la OEA, estando en contra de una de las Naciones Unidas, posiblemente por un eventual involucramiento de la URSS. Había preocupación de que una vez el conflicto se iniciase, no habría seguridad de cuando se detendría, en cuanto a la impredecibilidad de Bolivia y Ecuador.⁵⁸

Por su parte, el subsecretario Vance consideraba que la intervención de las Naciones Unidas, previo a una acción del Consejo de Seguridad, podría tener un efecto calmante para las partes.⁵⁹ El embajador Landau consideraba que, en caso de no haber acuerdo para la mediación y empeorara la crisis, una misión de paz o una resolución requeriría de un rol importante de Estados Unidos, que debería actuar en conjunto con otros países del hemisferio, como Brasil y Perú, bajo el auspicio de la OEA. A su juicio, La intervención de Naciones Unidas, debido a las críticas de la Asamblea General a Argentina y Chile, no era una opción.⁶⁰

El 21 de noviembre el nuncio Pio Laghi hizo saber a los estadounidenses su temor por el aumento de las tensiones y que cualquier chispa podría hacer estallar una guerra. Insistía en que el impase era sobre problemas de procedimiento, no de sustancia, respecto a si se negociaba bilateralmente primero y después se negociaba o ir directo a la mediación. El Nuncio dijo que el Papa estaba consciente de su posible rol de mediador pero que no aceptaría la invitación hasta que ambas partes pidan sus servicios.⁶¹

Las notas chilenas rechazando la continuación de negociaciones directas y solicitando una mediación sin condiciones previas fue vista en Argentina como una bofetada en la cara, demostración de que los chilenos nunca fueron serios en las conversaciones. Ante ello, el Departamento de Estado informó a sus embajadores en Santiago y Buenos Aires que había que tomar una posición firme, haciendo ver a ambos países que era necesario que hicieran gestos de buena voluntad para resolver la disputa. A los argentinos se les debía hacer ver que a ningún gobierno puede pedírsele que negocie bajo la amenaza de la fuerza y que, sí se continúa con esta técnica, se pone en riesgo la buena voluntad internacional, del que en última instancia depende la resolución del conflicto. Si los argentinos reducían sus fuerzas militares en la zona en controversia, los Estados Unidos podrían usar su influencia sobre Chile para que estos estuvieran de acuerdo en abrir discusiones preliminares sobre los temas y procedimientos de la mediación.⁶²

Respecto al mensaje a transmitir a la parte chilena, el embajador Landau -quien consideraba que la posición de Santiago era excesivamente legalista- conversó con Cubillos, quien insistió en que Chile tenía dos vías, recurrir a la CIJ o la mediación. Se rehusaba ir a más conversaciones directas, creyendo que Argentina todavía tenía una "última carta bajo la manga", que sería una propuesta más razonable para resolver la disputa, que aún no habían presentado en las negociaciones bilaterales.⁶³ Por su parte, el subsecretario Vaky se comunicó con el argentino Moncayo, quien le dijo que Argentina no quería una guerra, pero que la intransigencia chilena lo hacía difícil. Enfatizó la necesidad de que EE.UU. convenciera a los chilenos que la flexibilidad (es decir concesiones), eran necesarias si se deseaba una salida pacífica. El estadounidense le respondió que ningún nivel de frustración o falta de paciencia justificaba ir a la guerra. El mundo no aceptaría una solución militar a este problema, sugiriendo la posibilidad de recurrir a la OEA, a lo que el argentino respondió que no parecía apropiado por el momento. Vaky luego sugirió una moratoria para que se enfriase el conflicto, pero Moncayo nuevamente respondió con la negativa, puesto que dejaría a Chile en posesión de las islas y nada a Argentina.⁶⁴

El 22 de noviembre, EE.UU. recibió reportes de que Argentina estaría lista para ocupar las islas al día siguiente. Mientras se verificaba la información, se determinó que, si ello acontecía, se recurriría de inmediato a la OEA, invocando el Tratado de Río, idealmente con otros países.⁶⁵ Se enfatizó el trabajo conjunto con Brasil, país que urgió a ambos países a contenerse. Desde Brasilia, se consideraba que la posición chilena era demasiado legalista y no dejaba espacios abiertos a una solución. EE.UU. consultó si Brasil estaba dispuesto a sumarse a un esfuerzo conjunto para buscar un mediador. El canciller Silveira respondió que su país estaba en una posición especial, que implicaba que no sería la mejor idea involucrarlo en la búsqueda del mediador, a pesar de que apoyaba esta idea.⁶⁶ Las informaciones de un inminente ataque resultaron ser falsas o al menos

prematuras. No obstante, quedó la idea de que Brasil cooperase en la búsqueda de la solución, en conjunto con Perú. El primer país podría influenciar a Chile y el segundo a Argentina.⁶⁷

La amenaza del uso de la fuerza se hizo más concreta a fines de noviembre, cuando el general Suarez Mason advirtió a los estadounidenses que, a menos que se llegara a una negociación o mediación para mediados de diciembre, Argentina realizaría una acción militar contra Chile. El embajador Castro consideraba que no era un *bluff*.⁶⁸ Otra conversación reveladora la tuvo el embajador estadounidense con un alto oficial naval argentino, en que se mostraba cuál era la mentalidad prevaleciente entre los uniformados de ese país. Para ellos, el siglo XIX se percibía como una serie de constantes pérdidas territoriales frente a Chile, que se veía como una nación expansionista. El Beagle era solo el último blanco en la empresa chilena de llegar hasta el Atlántico, por lo que la posición mínima de Argentina debía ser mantener, al menos, la isla de Hornos. Advertía que habían interceptado conversaciones chilenas que revelaban que Pinochet y su gobierno estaban convencidos de que la amenaza argentina de uso de la fuerza era un *bluff*. “Los chilenos se están burlando de nosotros”, concebía el oficial, “esta vez están equivocados”. Esto ayudó a aclarar a los estadounidenses la naturaleza y extensión de la disputa.⁶⁹ Otro oficial naval le comentó al embajador de que en caso de que se quebrarán las negociaciones, Argentina ocuparía las islas en disputa para mejorar su posición y obligar a los chilenos a negociar, advirtiendo que ello podía ocurrir en diez días. Los estadounidenses se dieron cuenta de que se intentaba persuadir a EE.UU. para que presionara a Chile a que regresara a la mesa de negociaciones.⁷⁰ Ante el obvio truco, se le hizo ver a los argentinos que esos gestos distaban mucho de obtener el efecto deseado.⁷¹

Una solución pareció vislumbrarse con la invitación chilena para un encuentro entre los dos cancilleres en Buenos Aires el 12 de diciembre. En preparación, los estadounidenses se reunieron con Cubillos. Allí les manifestaron sus aprensiones por lo que consideraban una posición extremadamente legalista que adoptaba Chile, que dificultaba que Argentina pudiera encontrar una solución que salvara su imagen, aunque celebraba la reciente nota chilena que adoptaba un tono conciliador. Para Cubillos, Argentina también ocupaba un lenguaje legalista, para hacer más difícil que Chile recurriera a la CIJ. Explicó que su énfasis ahora estaba en buscar un mediador, remarcando que su país se encontraba dispuesto a hacer concesiones en la delimitación marítima, siempre que se le reconocieran las islas. Estaba inclusive dispuesto a que el reconocimiento del Laudo fuera tácito y no explícito.⁷²

En vista de la reunión de cancilleres, EE.UU. decidió profundizar su actividad multilateral. Informó a los embajadores de varios países americanos y europeos que había que hacer gestiones frente a los gobiernos de aquellos países, para promover que estos hicieran presión y urgieran a los argentinos en contra del uso de la fuerza e insistir a ambas partes para que tuvieran flexibilidad en la elección del mediador y sus atribuciones, en orden a alcanzar un acuerdo aceptable. Respecto a los países latinoamericanos, se decidió explorar algunas alternativas, como enviar conjuntamente una carta al presidente de la OEA, para manifestar su preocupación y urgir a los gobiernos a evitar hostilidades y explorar las posibilidades de una mediación; la formación de un grupo informal en la OEA para trabajar en un curso de acción en caso de que la situación se deteriorase; o invocar formalmente el Tratado de Río en caso de hostilidades inminentes.⁷³

En Argentina, los embajadores de la comunidad europea se reunieron con Viola y Suarez Mason para discutir el tema del Beagle. Llegaron a la conclusión de que, por lo irreconciliable de las posiciones, iniciativas europeas, ya sea en conjunto o por separado, no tendrían efecto en impulsar a las partes a resolver el conflicto en forma pacífica. Durante una cena con Viola, los países europeos se ofrecieron apoyar una resolución de la OEA o Naciones Unidas, pero el argentino lo rechazó, pues consideraba que esas organizaciones no tenían fuerza moral ante los bandos en disputa. El embajador alemán le hizo ver el daño que causaría una acción bélica, considerando la ya mala imagen argentina por la situación de derechos humanos, que podría traducirse en el cese de venta de armas e inversiones económicas.⁷⁴

En conversación con el embajador francés, este le dijo a su par estadounidense que la única iniciativa diplomática que podía tener éxito era advertirles a los argentinos los altos costos de una acción militar contra Chile.⁷⁵ Los alemanes, que también estaban alarmados y eran escépticos del éxito de una mediación, propusieron la idea de una moratoria de 5 a 10 años sobre el tema, para apaciguar la situación de forma que salvase las apariencias en ambos países.⁷⁶ Por su parte, los belgas se mostraban contrarios a la idea de una mediación, creyendo que era recomendable aislar a las dos partes y presionarlos para que resolvieran el problema entre ellos, pues no debían esperar que otros solucionaran sus problemas políticos por ellos.⁷⁷ Los británicos no quisieron verse involucrados, pues el Laudo los dejó en una posición incómoda, además de haber tensiones con los argentinos por las Malvinas.⁷⁸

Las gestiones ante países latinoamericanos dejaron resultados similares. Washington insistió que se hicieran gestiones para que, en caso de fracasar la reunión de cancilleres, Argentina y Chile recurrieran a la OEA como instancia de diálogo. Para ello, se buscó apoyo para enviar una carta conjunta al presidente de la OEA, manifestando sus temores por la situación. La mayoría de los países del continente se mostró contrario a tomar acciones multilaterales, prefiriendo en cambio propiciar la mediación.⁷⁹ Los brasileños, por su parte, creían que los argentinos estaban jugando un *bluff*, insistiendo en que no deseaban involucrarse en el conflicto pero que se mostraban favorables a una solución pacífica.⁸⁰ Este país rechazó tomar parte en la iniciativa de enviar una carta al presidente de la OEA, puesto que sería visto por Santiago como proargentino y por Buenos Aires como un desafío.⁸¹ Solo México pareció entusiasmarse por un posible recurso a la OEA.⁸²

En Venezuela, el presidente Pérez remarcó los peligros que podía implicar un conflicto entre los dos países, pues podría degenerar en una guerra general si después Bolivia, Perú y Brasil se involucraban en la misma.⁸³ Colombia respondió que no deseaba involucrarse en un conflicto entre dos regímenes militares. Si tuviera que decidir el caso en sus méritos, tendría que apoyar a Chile, porque el Laudo es sacrosanto y su desconocimiento implicaba un precedente peligroso. Pero al mismo tiempo, Colombia no deseaba aparecer apoyando a Pinochet, por lo que decidieron no tomar partido.⁸⁴ Perú también terminó por restarse de enviar una carta a la OEA, pues consideraba que tal gesto podía deteriorar sus relaciones con Argentina, a los que se sumaba la falta de apoyo de otros gobiernos americanos para tal iniciativa.⁸⁵

5. DICIEMBRE, EL MES CRÍTICO

Los argentinos trataron de convencer a los estadounidenses de su posición, que consistía en un acuerdo previo de división de las islas antes de la elección del mediador. En una conversación del embajador Castro con el almirante Roberto Luchetta, este último hizo hincapié en que Argentina ya no toleraría más procrastinación o trucos por parte de Chile y que Estados Unidos y la Comunidad internacional tenían hasta el 12 de diciembre para ayudar a Argentina y Chile para resolver la disputa, básicamente obligando a Santiago a aceptar las condiciones argentinas. Estas eran, la desmilitarización, administración conjunta de las islas disputadas y aguas adyacentes, así como que el mediador se dedicase a establecer la frontera occidental de la zona binacional y la soberanía de las islas. Chile obtendría las tres islas del laudo, pero se le debían entregar tres o cuatro islas más al sur a Argentina, incluyendo una parte de Hornos. Planteó que su país rompería relaciones diplomáticas y establecería un embargo en caso de que las conversaciones fallasen. Enfatizó que no se podían mantener a las fuerzas armadas movilizadas por un periodo indefinido sin que estas hicieran nada.⁸⁶

Por su parte, Cubillos advertía que su objetivo en el encuentro era elegir al mediador y que, si Argentina volvía a presionar por volver a las negociaciones bilaterales, él regresaría en el primer avión a Santiago. Dijo que su país estaba ejerciendo toda la flexibilidad posible, al evitar reaccionar ante las reacciones hostiles de los generales y la prensa argentina. En caso de agresión, invocarían el tratado de Río y recurrirían a la CIJ.⁸⁷

El nuncio papal en Argentina, Pio Laghi, le confidenció al embajador estadounidense sobre la posibilidad de que el Papa fuese el mediador. En su opinión, el santo padre no estaba deseoso de aceptar el rol y esperaba el apoyo de un tercer país o de una institución internacional, al cual pudiera recurrir para consultas. No obstante, el Papa estaría dispuesto a aceptar el rol en caso de que la guerra sea inminente y pudieran perderse vidas.⁸⁸ Tras ello, Washington pidió a su embajador en Roma que hiciera ver a la Santa Sede su preocupación por el hecho de que Argentina podría iniciar acciones militares en caso de fracasar la reunión de cancilleres del 12 de diciembre. Se estimaba que se había llegado a un punto crítico, que las hostilidades eran inminentes, las gestiones de EE.UU., la comunidad europea y países latinoamericanos no han dado resultados, la reunión de cancilleres no tenía perspectivas de llegar a un acuerdo, por la insistencia chilena de limitar las cuestiones a los límites marítimos y la argentina de considerar todos los territorios. Washington estimaba que, si el Papa ofrecía sus buenos oficios para mediar, el conflicto bélico podría ser evitado. Solo su autoridad moral era capaz de evitar una guerra. Esta intervención podía adoptar diversas formas, un llamado público a resolver pacíficamente el problema o invitar a los presidentes de ambos países a reunirse con él para revisar la situación.⁸⁹

Los estadounidenses consideraban que el caso argentino estaba fundado en precedentes históricos y el interés nacional, pero que tenía poca base sobre el derecho internacional. Por ello, sus actitudes han sido colocar la disputa en un sentido político y no jurídico. Respecto a los chilenos, se veía su caso como altamente legalista y, por lo tanto, altamente inflexible. Los argentinos esperaban que el eventual mediador les diera una solución salomónica, a lo que los chilenos se negaban, debiendo concentrarse solo en las cuestiones marítimas. Los estadounidenses creían difícil un compromiso, particularmente por la debilidad política de Videla frente a los halcones.⁹⁰

Mientras, continuaban llegando informaciones respecto a los planes de invasión argentina. El embajador Castro recomendó que Carter telefonara a Pinochet y Videla, para hacerles ver las consecuencias de un conflicto, especialmente de su generalización en el Cono Sur.⁹¹

Aunque sin el apoyo directo de los otros países del hemisferio, EE.UU. se decidió por enviar, el 12 de diciembre, una carta al presidente de la OEA, manifestando su preocupación por las tensiones entre Chile y Argentina. Llamaba a que en caso de que la reunión de cancilleres fracasase, se realizaran consultas con los representantes de ambos países en la institución para determinar como la OEA puede ayudar, ya sea bajo el artículo 84 de la carta o cualquier otro medio que consideren aceptables.⁹²

La reunión de cancilleres del 12 de diciembre no llegó a un acuerdo sobre el mediador.⁹³ En reacción, el subsecretario Warren Christopher se reunió con los embajadores de ambos países en Washington. Al argentino Jorge Antonio Aja Espil le dijo que no había justificación alguna para una acción militar. El embajador le respondió que, si Chile retiraba sus tropas de las islas y renunciaba a las líneas de base rectas, ellos retrocederían sus fuerzas. Sugirió que un diplomático estadounidense podría hacer de contacto entre los dos países, sin servir de mediador, a lo que Christopher no mostró mayor apoyo. En conversación con el embajador chileno José Miguel Barros, este último reclamó que durante meses había tratado de convencer al Departamento de estado de lo serio del problema y que la tibia reacción respecto a este no era culpa del gobierno chileno. Se sentía decepcionado del silencio de las grandes potencias frente a la situación. No obstante, remarcó que Chile no sería el agresor y que su país buscaba una solución pacífica.⁹⁴

La carta de EE.UU. a la OEA causó molestar en Argentina. El embajador Castro le dijo a Viola que su único deseo era evitar un conflicto y proveer una vía en caso de necesitarse. El argentino agradeció el sentimiento, pero cuestionó la capacidad de la OEA de inmiscuirse en la disputa. Luego, dijo que no se realizarían acciones militares por las próximas 72 horas. Después de eso, una acción militar podía ser tomada en cualquier momento, en materia de días, semanas o hasta meses. Con ello, le querían dar a Chile tiempo para reflexionar si deseaban continuar con futuras negociaciones. Dijo que, si los chilenos los dejaran tener Evout y Barnevelt y algunas pulgadas en Cabo de Hornos, entonces ellos podrían quedarse con Picton, Lennox y Nueva.⁹⁵

La carta a la OEA y el fracaso del encuentro de cancilleres también motivó una nueva gestión del presidente Pérez, quien conversó telefónicamente con el general Agosti, al que dijo que Argentina sería vista como la agresora, al usar la presión militar frente a la postura legalista de Chile. Advirtió que una acción en el Beagle podría degenerar en una guerra general, que involucraría además a Bolivia, Brasil y Perú en distintos bandos. Recomendó aprovechar la impopularidad de Pinochet en el hemisferio para alcanzar, a través de la OEA, algún tipo de solución política. Al comentar esta conversación con los estadounidenses, Pérez dijo que consideraba ponerse en contacto con otros países latinoamericanos para impulsar al Papa a aceptar la mediación.⁹⁶

El 15 de diciembre, el presidente Carter envió una carta a Pinochet y Videla. En ella el mandatario norteamericano expresaba su preocupación por la movilización militar, que podría llevar a una situación fuera de control, inquietudes compartidas por muchos otros países. Expresaba que,

ante cualquier agresión, los Estados Unidos se pronunciaría en contra suya. Aunque Carter manifestaba que no deseaba involucrarse directamente en la materia y esperaban un progreso en las conversaciones bilaterales -quizás incluyendo un mutuo apaciguamiento militar-, su país estaba dispuesto, si ambos países lo deseaban, a consultar con otras naciones para ayudarlos a encontrar una mediación por una tercera parte.⁹⁷ En paralelo, los brasileños hicieron una aproximación similar a ambos gobiernos para manifestarle sus preocupaciones y el presidente venezolano Pérez se comunicó telefónicamente con Videla.⁹⁸

El gobernante chileno le dijo a Landau que agradecía el interés de Estados Unidos y que estuviera tomando un rol mayor en la crisis, insistiendo en que Chile no iniciaría las hostilidades, es más, se evitaba responder a las declaraciones provocativas del otro lado de la cordillera.⁹⁹ Dentro de la diplomacia chilena, hubo molestia porque se creyó que Carter atribuía a ambos gobiernos idéntica responsabilidad por la tensión. Por ello, surgió la idea de que EE.UU. podría enviar observadores militares.¹⁰⁰ Cuando Cubillos lo propuso a Landau, el embajador respondió que preferían manejar estas materias en forma multilateral, preferentemente la OEA.¹⁰¹ Cubillos mencionó que tenía informaciones que preveían una acción hostil argentina para la noche de ese día 15 de diciembre. Por ello, para evitar cualquier gesto que pudiera ser considerado irritante, dijo que su país postergaría su presentación a la OEA invocando el artículo 59 y el Tratado de Río. No obstante, si las hostilidades comenzaban antes, se recurriría tanto a la OEA como a La Haya.¹⁰² Washington posteriormente contestó que no consideraba favorable que observadores militares se instalasen sin el consentimiento de ambas partes.¹⁰³

Al recibir la misiva de Carter, Videla dijo a Castro que había discutido con el Comité Militar la forma de hacer que recomience el diálogo bilateral, remarcando que deseaban llegara a un entendimiento secreto que luego sea corroborado por el mediador. Videla consideró que quizás fuese el momento apropiado para que el gobierno estadounidense colabore con el Papa con el fin de estimular un diálogo entre Chile y Argentina.¹⁰⁴ En su respuesta formal, Videla señaló que buscaba una solución política al diferendo y que la “falta de una adecuada flexibilidad por parte de Chile ha impedido tal solución hasta el momento”¹⁰⁵.

El presidente estadounidense también hizo manifiesta su preocupación frente a la opinión pública. En una entrevista realizada el 14 de diciembre, afirmó que “tenemos problemas entre Chile y la Argentina sobre territorio en aquellas partes, que podría generar en un conflicto”. Por su parte, el Departamento de Estado emitió un comunicado indicando que “acciones recientes de ambos países crearon el tipo de tensión que podría resultar en que los acontecimientos quedasen fuera de control y comenzasen y escalasen las hostilidades”¹⁰⁶. Otros funcionarios del Departamento de Estado comentaron a la prensa sus aprensiones por la situación y la posibilidad de que degenerase en una guerra general, con una intervención de Perú y Bolivia.¹⁰⁷

En paralelo, EE.UU. seguía de cerca las gestiones con el Vaticano. El cardenal Casaroli dijo que estaban dispuestos a prestar sus buenos oficios si ambas partes lo deseaban, pero que la Santa Sede no aceptaría un rol de mediador limitado por unas vagas precondiciones.¹⁰⁸ Las conversaciones con los argentinos convencieron a los norteamericanos que los halcones en Argentina habían ido demasiado lejos y ahora el gobierno de ese país estaba tratando de buscar la forma de salvar las apariencias y evitar una guerra.¹⁰⁹ Washington enfatizó este punto a la Santa

Sede, que consideraba podría proveer una válvula de escape, particularmente un mensaje del Papa a Pinochet y Videla, de instalar una moratoria a la escalada militar durante Navidad.¹¹⁰ Cassaroli consideró que la idea tenía gran mérito, pero que el Vaticano todavía aguardaba la respuesta de los dos gobiernos y a un reporte del cardenal Raúl Primatesta, que conversó con el presidente Videla.¹¹¹

En Washington hubo preocupación por las noticias que indicaban que Chile recurriría a la CI, puesto que creían que ello podría desencadenar la guerra. Los estadounidenses hicieron todos los esfuerzos posibles para desincentivar una nota, que invitaba a Argentina a resolver la disputa en la CIJ, y que como alternativa podría recurrir a la OEA.¹¹² Cubillos terminó aceptando la recomendación y decidiéndose por enviar un mensaje a los argentinos en favor de la mediación papal.¹¹³ Sin embargo, Argentina rechazó la nota chilena. Ante ello, Cubillos le dijo al embajador Landau que se debía intentar algo y que los Estados Unidos tenían la responsabilidad de mantener la paz.¹¹⁴

Ante la gravedad de la situación, la Comunidad Europea decidió actuar y, el 20 de diciembre, presentó a los embajadores chileno y argentino en Bonn una nota en que expresaban las “graves consecuencias” de cualquier acto hostil, el precedente negativo que ello tendría en sus relaciones con la comunidad europea y en futuras disputas limítrofes en el continente.¹¹⁵ Brasil también ejerció presión sobre Argentina.¹¹⁶

El 21 de diciembre, hubo una importante conversación entre el embajador estadounidense y el general Viola. Este agradeció a Estados Unidos, pues consideraba que el último comunicado chileno podía atribuirse a los esfuerzos norteamericanos. Desafortunadamente, Santiago se había aprovechado de la situación para realizar un truco de relaciones públicas, pues la nota, que los medios calificaban de conciliatorio, para los argentinos era provocativa. Al tratar de parecer ofreciendo una hoja de olivo a Argentina, Chile buscaba ganarse la simpatía y aprobación de la opinión pública mundial, lo que no era nada más que una invitación para la acción militar argentina, que ahora era la única opción que restaba. Le pidió que EE.UU. entendiese la posición de su país y que ayudara a explicarlo a la comunidad internacional. El embajador le respondió que ello sería difícil en caso de que los argentinos cometieran una agresión, le recordó que no todas las vías estaban cerradas y que todavía podían llegar noticias del Papa. Le pidió paciencia, pero Viola cuestionó sobre cómo iban a ser pacientes, si la última carta de Cubillos no hacía nada más que repetir lo dicho el 2 de noviembre.¹¹⁷ Otro militar argentino, el almirante Armando Lambruschini, expresó que, con la nota chilena, a la Argentina no le quedaba otra opción que la acción militar, dando un plazo de 24 horas como límite para que Chile repensase su posición y entregara una señal más conciliatoria.¹¹⁸

Estas declaraciones motivaron una respuesta más enérgica por parte de los estadounidenses. Se ordenó al embajador Castro reunirse inmediatamente con el general Viola e informarle de que la conversación de la mañana había provocado desconcierto y que “el gobierno estadounidense no cree que la presente situación justifique en forma alguna una acción argentina contra Chile”. Se remarcaba que la guerra no era la única opción, pero que “si Argentina realizaba alguna acción militar, y consideramos que la ocupación de las islas deshabitadas en disputa como una acción militar, el gobierno de los Estados Unidos y la comunidad internacional se verán forzados a ver tal movimiento como una agresión”. Se advertía que, en tal caso, Washington plantearía el tema ante la

OEA. Finalizaba el mensaje urgiendo a que Argentina resolviera sus disputas territoriales con Chile de manera pacífica.¹¹⁹

El 21 de diciembre, el cardenal Cassaroli llamó a los embajadores en Chile y Argentina para proponerles que aceptaran un emisario papal de buenos oficios en su disputa por el canal del Beagle. Según el documento estadounidense, a las 20:15 se recibió información de que el gobierno argentino había aceptado, si bien se consideraba que todavía existían riesgos, pues el gobierno puede no estar actuando en unísono.¹²⁰ La aceptación de Chile llegó 15 minutos después. No obstante, se temía que el gobierno argentino atacara de cualquier manera, porque no podía controlar a los generales de la línea más dura. Por lo tanto, Cubillos decidió invocar al Tratado de Río y la OEA.¹²¹ El embajador le pidió reconsiderar esta última decisión, pues podría irritar al gobierno argentino en momentos que la noticia del emisario papal estaba teniendo un efecto calmante. Cubillos dijo que no tenían más opción, puesto que las informaciones recibidas indicaban que los argentinos planeaban un ataque y deseaban culpar a los chilenos del inicio de las hostilidades. La proposición papal, creía Cubillos, podía haber sido solo aceptada por Videla, pero la armada estaría opuesta al mismo.¹²²

Durante la reunión del Consejo Permanente solicitada por Chile, tras las exposiciones de los países involucrados, el representante estadounidense, Gale Mc. Gee, pidió darle prioridad a la gestión del Papa, solicitando que la OEA no tomara ninguna resolución hasta conocer los resultados de esta, pidiendo “suspender la consideración del gobierno de Chile”. La mayoría de los países integrantes del organismo expresaron su preocupación por la situación y apoyaron la moción norteamericana.

No hubo invasión a las islas y el conflicto del Beagle pudo resolverse por medios pacíficos, mediante una mediación papal que culminaría en 1984 con la firma del tratado de paz y amistad.

6. CONCLUSIONES

La revisión de los telegramas estadounidenses en relación con el conflicto del Beagle nos ha permitido obtener diversas conclusiones. Se reafirma lo establecido por Villar, en el sentido de que Estados Unidos tuvo una activa participación en la resolución del conflicto del Beagle, a pesar de su reticencia inicial a involucrarse directamente, por su distancia con las dictaduras de Argentina y Chile. Pero mientras este autor se concentró principalmente en el momento más crítico, cuando EE.UU. impulsó la mediación papal, nuestra investigación demuestra la hipótesis de que Washington se vio involucrado durante la mayor parte de 1978, buscando actuar colectivamente para impulsar diferentes gestiones para la resolución pacífica de la controversia.

Esta estrategia de compartir responsabilidades deriva de que Washington veía pocos incentivos para involucrarse directamente para evitar un conflicto, al no ser un área clave para sus intereses, tener malas relaciones con ambos regímenes y arriesgar su política de derechos humanos. Por ello, la estrategia fue de involucrar a más actores, para que influyeran sobre Chile y Argentina, ya sea motivándolos a continuar las negociaciones o advirtiéndoles las consecuencias de una intervención armada.¹²³ El éxito de la estrategia estadounidense fue limitada, en cuanto se pretendía que la responsabilidad por evitar una guerra (por medio de la presión a la parte que

amenazaba) fuera compartida con el resto de países americanos y la Comunidad Europea, pero resultó que estos, a su vez, traspasaban la responsabilidad de vuelta a Estados Unidos, en cuanto era la potencia hegemónica en la región y parecía corresponderle el rol de mantener la paz, junto a su reticencia a enemistarse con Buenos Aires. El fracaso del envío de una carta conjunta al presidente de la OEA fue una manifestación de los límites de esta estrategia. Aunque en el momento crítico se pudo contar con el apoyo de Brasil y la Comunidad Europea al prevenir a Argentina de las consecuencias de un ataque militar, el peso de la responsabilidad debió tomarla Washington, con su fuerte advertencia de que ese país sería considerado como el agresor. Es decir, la administración Carter debió involucrarse directamente, que era lo que habían intentado evitar con la multilateralización del problema.

Nuestra investigación también nos revela que varios países, especialmente latinoamericanos, siguieron con mucho interés el tema del Beagle, algunos desarrollando sus propias estrategias, tratando de evitar una guerra que se creía podía expandirse al resto del continente, aunque al mismo tiempo resguardando sus propios intereses. Queda aquí un tema abierto para futuras investigaciones, que puedan aprovechar los archivos de las respectivas naciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

a. Libros, capítulos de libros y artículos

- Benavada, Santiago. *Recuerdos de la mediación pontificia* (Santiago: Ed. Universitaria, 1999).
- Bernstein, Enrique. *Recuerdos de un diplomático. Representante ante el Papa mediador 1979-1982. Volumen IV* (Santiago: Ed. Andrés Bello, 1989).
- Etcheverry, Ricardo. *El Canal de Beagle. Crónica de una mediación* (Buenos Aires: Círculo Militar, 2000).
- Lisińska, Magdalena. *Argentine Foreign Policy during the Military Dictatorship, 1976-1983. Between a Nationalist and Pragmatic Approach* (Springer, 2019).
- McGillion, Chris y Morris Morley. *US Policy Toward Chile in the 1970s. Frustrated Ambitions* (Cambridge: Cambridge Scholars Publishing, 2019).
- Mearsheimer, John. *The Tragedy of Great Power Politics* (Nueva York: W. W. Norton & Company, 2003).
- Pastor, Carlos. "Chile: la guerra o la paz, 1978-1981". En: Silvia Jalabe (Ed.), *La política exterior argentina y sus protagonistas, 1880-1995* (Buenos Aires: CARI, 1996).
- Videla, Ernesto. *La desconocida historia de la mediación papal. Diferendo Austral Chile/Argentina 1977/1985* (Santiago: Ediciones Universidad Católica, 2007).
- Villar, Andrés. *Autonomy and Negotiation in Foreign Policy. The Beagle Channel Crisis* (Palgrave Macmillan, 2016).

b. Tesis

- Gaziero, Gabriel. *Uma ameaça de guerra no fim do mundo: a política externa da administração Carter diante da questão do Canal de Beagle, 1977-1980* (Brasil: Universidade Católica do Rio Grande do Sul, tesis para optar al grado de Doctor en Historia, 2021).

c. Artículos de prensa

“Arbitraje del presidente de los Estados Unidos”. *El Mercurio* (Valparaíso, 19 octubre 1978).

“Informe de los servicios de inteligencia de EE.UU.”. *El Mercurio* (Santiago, 16 diciembre 1978).

“EE.UU. desestima el envío de observadores”. *El Mercurio* (Santiago, 19 diciembre 1978).

“Oraciones por la paz piden obispos argentinos”. *El Mercurio* (Santiago, 21 diciembre 1978).

“Videla ofreció anoche un brindis por la paz”. *La Segunda* (Santiago, 16 diciembre 1978).

d. Fuentes documentales

Foreign Relations of the United States, 1977-1980. Volume XXIV (Washington: United States Government Publishing Office, 2018).

National Archives (NARA), “Central Foreign Policy Files”. <https://aad.archives.gov/aad/>

¹ De entre las obras escritas por testigos de los hechos, se cuentan, de la parte chilena: Enrique Bernstein, *Recuerdos de un diplomático. Representante ante el Papa mediador 1979-1982. Volumen IV* (Santiago: Ed. Andrés Bello, 1989), Santiago Benavada, *Recuerdos de la mediación pontificia* (Santiago: Ed. Universitaria, 1999) y Ernesto Videla, *La desconocida historia de la mediación papal. Diferendo Austral Chile/Argentina 1977/1985* (Santiago: Ediciones Universidad Católica, 2007). De parte argentina, se cuentan: Carlos Pastor, “Chile: la guerra o la paz, 1978-1981”, en: Silvia Jalabe (Ed.), *La política exterior argentina y sus protagonistas, 1880-1995* (Buenos Aires: CARI, 1996), pp. 259-308, y Ricardo Etcheverry, *El Canal de Beagle. Crónica de una mediación* (Buenos Aires: Circulo Militar, 2000).

² Andrés Villar, *Autonomy and Negotiation in Foreign Policy. The Beagle Channel Crisis* (Palgrave Macmillan, 2016).

³ Magdalena Lisińska, *Argentine Foreign Policy during the Military Dictatorship, 1976-1983. Between a Nationalist and Pragmatic Approach* (Springer, 2019).

⁴ Chris McGillion y Morris Morley, *US Policy Toward Chile in the 1970s. Frustrated Ambitions* (Cambridge: Cambridge Scholars Publishing, 2019).

⁵ Gabriel Gaziero, *Uma ameaça de guerra no fim do mundo: a política externa da administração Carter diante da questão do Canal de Beagle, 1977-1980* (Brasil: Universidade Católica do Rio Grande do Sul, tesis para optar al grado de Doctor en Historia, 2021).

⁶ De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 108 (7 enero 1978), *National Archives* (NARA).

⁷ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 212 (11 enero 1978), *National Archives* (NARA).

⁸ De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 218 (22 enero 1978), *National Archives* (NARA).

⁹ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 1522 (12 marzo 1978), *National Archives* (NARA).

¹⁰ De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 1905 (18 marzo 1978), *National Archives* (NARA).

¹¹ De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 3201 (28 abril 1978), *National Archives* (NARA).

¹² De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 4652 (16 junio 1978), *National Archives* (NARA).

¹³ De Embajada en Bonn al Secretario de Estado, Telegrama 16180 (5 septiembre 1978), *National Archives* (NARA).

¹⁴ De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama (6 septiembre 1978), *National Archives* (NARA).

¹⁵ McGillion y Morley (2019), p. 224.

¹⁶ De Embajada en Quito al Secretario de Estado, Telegrama 188 (11 enero 1978), *National Archives* (NARA).

¹⁷ De Embajada en Lima al Secretario de Estado, Telegrama 371 (13 enero 1978), *National Archives* (NARA).

¹⁸ De Embajada en Quito al Secretario de Estado, Telegrama 6296 (8 septiembre 1978), *National Archives* (NARA).

¹⁹ De Embajada en Bonn al Secretario de Estado, Telegrama 16734 (13 septiembre 1978), *National Archives* (NARA).

²⁰ De Embajada en Lima al Secretario de Estado, Telegrama 9273 (19 octubre 1978), *National Archives* (NARA).

²¹ De Embajada en Brasilia al Secretario de Estado, Telegrama 7251 (15 septiembre 1978), *National Archives* (NARA).

²² De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 7390 (27 septiembre 1978), *National Archives* (NARA).

²³ Del Secretario de Estado a la Embajada en Santiago, Telegrama 263023 (17 octubre 1978), *National Archives* (NARA).

-
- ²⁴ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 8474 (25 octubre 1978), *National Archives* (NARA).
- ²⁵ De Embajada en Bonn al Secretario de Estado, Telegrama 19835 (26 octubre 1978), *National Archives* (NARA).
- ²⁶ Del Secretario de Estado a embajadas en Bonn, Bruselas, Copenhagen, Dubli, Londrés, Madrid, Paris, Roma, La Haya, Tokio y Ottawa, Telegrama 271933 (26 octubre 1978), *National Archives* (NARA).
- ²⁷ Del Secretario de Estado a Embajadas en Santiago, Telegrama 272203 (26 octubre 1978), *National Archives* (NARA).
- ²⁸ De Embajada en La Paz a Secretario de Estado, Telegrama 8760 (27 octubre 1978), *National Archives* (NARA).
- ²⁹ Del Secretario de Estado a la Misión de Estados Unidos en Naciones Unidas, Telegrama 316074 (15 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ³⁰ De Embajada en Brasilia al Secretario de Estado, Telegrama 8436 (27 octubre 1978), *National Archives* (NARA).
- ³¹ De Embajada en Brasilia al Secretario de Estado, Telegrama 8570 (2 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ³² De Embajada en Brasilia al Secretario de Estado, Telegrama 8797 (7 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ³³ De Embajada en Caracas al Secretario de Estado, Telegrama 10232 (28 octubre 1978), *National Archives* (NARA).
- ³⁴ De Secretario de Estado a Embajada en Caracas, Telegrama 277376 (1 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ³⁵ De Embajada en Lima al Secretario de Estado, Telegrama 9570 (28 octubre 1978), *National Archives* (NARA).
- ³⁶ De Embajada en Lima al Secretario de Estado, Telegrama 9714 (2 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ³⁷ De Embajada en Ciudad de México al Secretario de Estado, Telegrama 18076 (30 octubre 1978), *National Archives* (NARA).
- ³⁸ De Embajada en Asunción al Secretario de Estado, Telegrama 4815 (6 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ³⁹ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 8563 (27 octubre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁴⁰ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 8599 (30 octubre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁴¹ De Embajada en París al Secretario de Estado, Telegrama 35937 (31 octubre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁴² De Secretario de Estado a Embajada en Buenos Aires, Telegrama 277400 (1 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁴³ De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 8443 (31 octubre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁴⁴ De Embajada en La Haya al Secretario de Estado, Telegrama 6134 (31 octubre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁴⁵ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 8797 (3 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁴⁶ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 8926 (9 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁴⁷ De Embajada en Brasilia al Secretario de Estado, Telegrama 8893 (15 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁴⁸ "Arbitraje del presidente de los Estados Unidos", *El Mercurio* (Valparaíso, 19 octubre 1978).
- ⁴⁹ Villar (2016), p. 98.
- ⁵⁰ De Departamento de Estado a la Embajada en Buenos Aires y Santiago, Telegrama 293723, 18 de noviembre de 1978 (AAD).
- ⁵¹ Villar (2016), pp. 98-99.
- ⁵² *Foreign Relations of the United States, 1977-1980*, Volume XXIV. Memorandum From Robert Pastor of the National Security Council Staff to the President's Assistant for National Security Affairs (Brzezinski) (Washington, November 27, 1978).
- ⁵³ De Embajada en Madrid al Secretario de Estado, Telegrama 13508 (15 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁵⁴ De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 8817 (16 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁵⁵ De Departamento de Estado a la Embajada en Buenos Aires, Telegrama 292124 (17 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁵⁶ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 9193 (20 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁵⁷ De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 8885 (20 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁵⁸ De Embajada en Brasilia al Secretario de Estado, Telegrama 9091 (20 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁵⁹ De Departamento de Estado a la Embajada en Buenos Aires, Telegrama 294464 (21 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁶⁰ De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 8931 (21 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁶¹ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 9218 (21 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁶² De Departamento de Estado a la Embajada en Brasilia, Telegrama 9239 (22 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).

-
- ⁶³ De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 293723 (22 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁶⁴ Del Departamento de Estado a la Embajada en Buenos Aires, Telegrama 295177 (22 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁶⁵ Del Departamento de Estado a la Embajada en Buenos Aires, Santiago y Brasilia, Telegrama 295176 (22 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁶⁶ De Embajada en Brasilia al Secretario de Estado, Telegrama 9130 (22 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁶⁷ De Embajada en Brasilia al Secretario de Estado, Telegrama 9155 (23 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁶⁸ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 9248 (22 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁶⁹ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 9308 (24 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁷⁰ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 9307 (24 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁷¹ Del Departamento de Estado a la embajada en Buenos Aires, Telegrama 299102 (24 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁷² De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 9010 (26 noviembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁷³ Del Departamento de Estado a varias embajadas, Telegrama 303777 (1 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁷⁴ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 9632 (7 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁷⁵ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 9632 (7 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁷⁶ De Embajada en Bonn al Secretario de Estado, Telegrama 22073 (1 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁷⁷ De Embajada en Bruselas al Secretario de Estado, Telegrama 23229 (8 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁷⁸ De Embajada en La Haya al Secretario de Estado, Telegrama 06912 (7 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁷⁹ Del Departamento de Estado a las embajadas americanas, Telegrama 306520 (5 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁸⁰ De Embajada en Brasilia al Secretario de Estado, Telegrama 9545 (8 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁸¹ De Embajada en Brasilia al Secretario de Estado, Telegrama 9566 (10 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁸² De Embajada en Ciudad de México al Secretario de Estado, Telegrama 20333 (9 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁸³ De Embajada en Caracas al Secretario de Estado, Telegrama 11445 (6 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁸⁴ De Embajada en Bogotá al Secretario de Estado, Telegrama 11712 (7 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁸⁵ De Embajada en Lima al Secretario de Estado, Telegrama 10864 (12 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁸⁶ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 9580 (6 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁸⁷ De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 9279 (6 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁸⁸ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 09558 (5 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁸⁹ Del Departamento de Estado a la embajada en Roma, Telegrama 310384 (8 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁹⁰ Del Departamento de Estado a todas las embajadas americanas, Telegrama 311008 (9 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁹¹ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 9630 (7 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁹² Del Departamento de Estado a todas las embajadas americanas, Telegrama 313066 (12 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁹³ Un recuento de la reunión, descrita por Cubillos en: De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 9426 (15 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁹⁴ Del Departamento de Estado a las embajadas en Buenos Aires y Santiago, Telegrama 313794 (13 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁹⁵ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 9766 (14 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).

- ⁹⁶ De Embajada en Caracas al Secretario de Estado, Telegrama 11694 (13 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁹⁷ *Foreign Relations of the United States, 1977-1980*, Volume XXIV, Telegram From the Department of State to the Embassies in Argentina and Chile, Washington (December 15, 1978).
- ⁹⁸ De Embajada en Brasilia al Secretario de Estado, Telegrama 9692 (14 diciembre 1978), *National Archives* (NARA); De Embajada en Caracas al Secretario de Estado, Telegrama 11696 (14 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ⁹⁹ De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 9473 (15 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹⁰⁰ Videla (1999), p. 231.
- ¹⁰¹ De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 9481 (15 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹⁰² De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 9476 (15 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹⁰³ Del Departamento de Estado a las embajadas en Santiago y Buenos Aires, Telegrama 316555 (15 diciembre 1978), *National Archives* (NARA); "EE.UU. desestima el envío de observadores", *El Mercurio* (Santiago, 19 diciembre 1978).
- ¹⁰⁴ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 9820 (15 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹⁰⁵ "Oraciones por la paz piden obispos argentinos", *El Mercurio* (Santiago, 21 diciembre 1978).
- ¹⁰⁶ "Videla ofreció anoche un brindis por la paz", *La Segunda* (Santiago, 16 diciembre 1978).
- ¹⁰⁷ "Informe de los servicios de inteligencia de EE.UU.", *El Mercurio* (Santiago, 16 diciembre 1978).
- ¹⁰⁸ De Embajada en Roma al Secretario de Estado, Telegrama 24503 (15 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹⁰⁹ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 9847 (16 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹¹⁰ Del Departamento de Estado a la embajada en Roma, Telegrama 318293 (18 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹¹¹ De Embajada en Roma al Secretario de Estado, Telegrama 24792 (19 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹¹² De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 9564 (19 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹¹³ De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 9565 (19 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹¹⁴ De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 9626 (21 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹¹⁵ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 09947 (20 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹¹⁶ Del Departamento de Estado a todas las embajadas americanas, Telegrama 322135 (22 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹¹⁷ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 9958 (21 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹¹⁸ De Embajada en Buenos Aires al Secretario de Estado, Telegrama 9970 (22 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹¹⁹ Del Departamento de Estado a la embajada en Buenos Aires, Telegrama 321148 (21 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹²⁰ De Embajada en Roma al Secretario de Estado, Telegrama 25132 (21 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹²¹ De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 9629 (22 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹²² De Embajada en Santiago al Secretario de Estado, Telegrama 9646 (22 diciembre 1978), *National Archives* (NARA).
- ¹²³ Sobre la idea de compartir o traspasar responsabilidades, véase: John Mearsheimer, *The Tragedy of Great Power Politics* (Nueva York: W. W. Norton & Company, 2003), pp. 158-162.

Las opiniones, análisis y conclusiones del autor o los autores son de su responsabilidad y no necesariamente reflejan el pensamiento de *Revista Estudios Hemisféricos y Polares*.

La copia y reproducción parcial o total de este artículo se encuentra autorizada, siempre que no sea para fines comerciales y se reconozca y mencione al autor o autores y a *Revista Estudios Hemisféricos y Polares*.

Los artículos publicados en *Revista Estudios Hemisféricos y Polares* se encuentran bajo licencia Creative Commons CC BY-NC-SA 3.0 CL.

